

# RESONANCIAS Y DISCREPANCIAS 1918-1968. REVUELTA ESTUDIANTIL, REFORMA UNIVERSITARIA Y MOVIMIENTOS INSURRECCIONALES

---

CONVERSACIONES

11 de julio de 2018

**PARTICIPANTES:**

**Natalia Bustelo:** Doctora en historia por la UNLP, Magister en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural del IDAES/UNSAM y profesora de Filosofía de la UBA. Es docente en UNSAM y UBA e integrante del consejo académico del CeDInCI. En 2018 publicó por Paidós el libro Todo lo que necesita saber sobre la Reforma Universitaria.

**María Caldelari** Historiadora. Egresada de la Universidad Nacional de Córdoba. Magister en Ciencias Políticas por la Facultad Latino Americana de Ciencias Sociales (FLACSO), México. Se ha desempeñado como docente en universidades de Argentina y México. Ha participado en proyectos de investigación sobre temas vinculados a la universidad y las políticas científicas, y publicado. Integrante del Comité de redacción de la revista *Pensamiento Universitario*.

**Ana Diamant:** Profesora titular en la Facultad de Psicología de la UBA, de la materia Didáctica General, Especialista en Historia Oral, actualmente presidenta de la Sociedad Argentina de Historia de la Educación, doctora en ciencias sociales de FLACSO, donde produjo su tesis, Testimonios de enseñar y aprender, ser psicólogo en la UBA de los años sesenta, publicado por Teseo en 2010.

**Valeria Manzano:** Doctora en historia, investigadora del CONICET y profesora en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la UNSAM, donde coordina el núcleo de Historia Reciente. Investiga la formación y transformación de culturas juveniles en la Argentina del Siglo XX. Su libro más reciente es La era de la juventud en la Argentina, Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla, Fondo de Cultura Económica, de 2017. Es además autora de artículos en revistas especializadas.

1

**COORDINADORAS:**

**Sandra Carli:** Doctora en Educación por la Universidad de Buenos Aires, Investigadora Principal del CONICET y Profesora titular regular de la Facultad de Ciencias Sociales. Coordina el Programa de Estudios sobre la Universidad Pública (PESUP) en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Desarrolla investigaciones sobre historia de la universidad pública, experiencia estudiantil y trayectorias y biografías de profesores/as.

**Patricia Funes:** Doctora en Historia. Investigadora del CONICET. Profesora titular de la materia Historia Social Latinoamericana (FSOC/UBA). Es y ha sido profesora en posgrados de varias universidades del país y el exterior. Sus investigaciones y publicaciones se refieren al campo de las ideas políticas y culturales en América Latina en el siglo XX. Actualmente trabaja sobre las formas de censura sobre el campo cultural latinoamericano por parte de las dictaduras de las Fuerzas Armadas.

**DIRECTOR:**

**Martín Unzué:** Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Licenciado en Economía (UBA) y Licenciado en Ciencia Política (UBA). Actualmente es Profesor en dicha universidad. Dicta cursos de posgrado en universidades nacionales. Dirige e integra proyectos de investigación sobre temas vinculados a la universidad, y las políticas científicas. Autor de numerosos trabajos publicados en libros y revistas académicas.

**Sandra Carli—** La propuesta de dossier que hemos presentado se titula “Resonancias y discrepancias, 1918-1968, revuelta estudiantil, Reforma Universitaria y movimientos insurreccionales”, busca poner en diálogo los cien años de la Reforma y los cincuenta años de Mayo del 68, con la idea de pensar algunas conexiones interesantes, en particular sobre el caso argentino.

Quisimos rescatar la noción de resonancias, recuperada del Manifiesto Liminar, para tratar de explorar qué del movimiento reformista cuyo derrotero comienza en

1918, vuelve a sonar en el 68 latinoamericano, qué filiaciones se construyeron y de qué modos, qué apropiaciones singulares. Pero también abrimos la pregunta por las discrepancias que supone leer las disidencias y emergencias del 68, aquello que no contuvo el espíritu reformista y estalló con nuevos discursos y formas en la universidad y fuera de ella, considerando la proscripción política de movimientos populares, la presencia militar y el auge de nuevas corrientes de pensamiento, pero también las transformaciones político-culturales de los años sesenta más generales o particulares sobre la experiencia juvenil.

La propuesta de leer las resonancias y las discrepancias entre la Reforma de 1918 y Mayo del 68, además de alentar la relectura de textos clásicos, o la incursión en itinerarios de figuras, grupos y corrientes, sugiere identificar qué huellas perduran en la cultura universitaria en un presente en el que la creación de nuevas universidades nacionales, el crecimiento de la matrícula estudiantil y los diversos modelos institucionales en pugna, han puesto en tensión la implementación de las ideas reformistas y se producen mixturas y articulaciones con ideas procedentes de diversas corrientes.

3

Desde el dossier se ha convocado a presentar artículos sobre una serie de ejes posibles. En la invitación que les enviamos para participar de esta Mesa de Dialogo, le hemos sugerido otros recuperando los antecedentes de sus investigaciones y publicaciones sobre la temática que nos convoca. Iniciamos entonces la conversación.

**MARÍA CALDELARI**—A lo mejor la forma en que voy a comenzar esta conversación les suena un poco disparatada, pero no lo es. Recordé, cuando Patricia Funes me invitó, que hace muchos años leí un texto de John Womack Jr., *Zapata y la revolución mexicana*, un libro muy lindo sobre el zapatismo. Nunca olvidé ese trabajo por la concepción con que fue construido: el autor se concentra en Morelos porque quiere saber por qué esos campesinos tomaron las reivindicaciones del movimiento de Madero, y fueron más allá y llevaron adelante la revolución mexicana. Esos campesinos, y no todos y no otros.

Me pareció que Womack proponía algo interesante para abrirme camino hacia la Reforma, sobre todo en un aniversario donde proliferan escritos, interpretaciones, usos y resignificaciones.

Es bueno volver a Córdoba y empezar desde ahí. Córdoba es una provincia que tiene la particularidad – va a sonar un poco exagerado, pero como estoy inspirada en Womack y en Zapata...– de tener un norte mestizo, ligado a lo que fue la economía y la sociedad colonial, y un sur – la “pampa gringa”– que surge con la modernidad, con la expulsión de las comunidades indígenas, con la incorporación de Argentina al mercado mundial. Creo que para entender la Reforma y saber de dónde surgieron esos jóvenes reformistas debemos regresar a esa historia, pensar en la ciudad como la bisagra entre el norte y el sur –de la provincia y del país– entre la economía y la sociedad que mira hacia el Alto Perú, y las nuevas relaciones que se dan a partir de la inserción en el mundo capitalista. Hay algunos acontecimientos hacia finales del siglo XIX, en el campo de la educación, que hacen vislumbrar la tensión que los cambios económicos, sociales y culturales instalan en el interior de la élite provincial: la tesis de doctorado de Ramón J. Cárcano sobre hijos incestuosos, sacrílegos e ilegítimos, y la creación de la Escuela Normal. Ambos “episodios” llevan a un enfrentamiento con la iglesia en el cual tiene que intervenir, finalmente, el gobierno nacional.

4

¿Qué está ocurriendo? No todos los sectores de la élite cordobesa tienen la capacidad de reacomodarse a las condiciones de la modernización, atados al pasado colonial, a la tradición, a la religión. Los relegados resisten a su desplazamiento del poder político y económico, aliados con la Iglesia. Y un territorio privilegiado de esa alianza es la Universidad. Me parece este punto importantísimo para comprender la virulencia de los estudiantes cordobeses.

Una cuestión merece subrayarse, así como existe una tendencia católica ultramontana, dispuesta a oponerse a todo lo que percibe como un atentado a la religión y son los que se oponen a la creación de la Escuela Normal (y a muchas cosas más), hay un sector católico liberal al que pertenecen las jóvenes que, desafiando la amenaza de excomunión de la jerarquía eclesiástica, egresan como maestras normales. Este antecedente me parece destacable, sobre todo siguiendo

el señalamiento de un joven estudioso de la Reforma: “los reformistas son hijos de las maestras normales”.

Iniciado el siglo XX el proceso de modernización se acelera, avanza, se amplía. La Ley Sáenz Peña legisla el derecho al sufragio, pero ese impulso democratizador pareciera haber ido más allá de lo estrictamente político.

El interés por la ciencia y la aspiración de reconvertir a las universidades en centros de investigación sin abandonar la docencia, la demanda de los estudiantes por mayores libertades en su relación con la Institución son reivindicaciones que ya se habían planteado en la Universidad de Buenos Aires y encontrado algunas soluciones, pero al llegar a la UNC encuentran una dura resistencia en las autoridades y los académicos.

El conflicto a propósito del internado en la Facultad de Medicina se agudiza, y los residentes convocan a los otros centros de estudiantes (Derecho e Ingeniería). Y a partir de allí la protesta comienza a expandirse por otros espacios, lugares de sociabilidad para algunos estudiantes y de encuentro con jóvenes egresados como Arturo Orgaz, creador de la Universidad Popular, la Biblioteca Córdoba, lugar de encuentro de socialistas, escritores e intelectuales como Arturo Capdevila, Deodoro Roca, visitantes como Alfredo Palacios y Gregorio Berman.

5

Quiero puntualizar algunas cuestiones:

- Los líderes del conflicto estudiantil inicial buscan el apoyo de los egresados
- La participación de los egresados abre el espectro de los actores, ya no son estudiantes sino jóvenes: estudiantes y egresados (luego conformarán dos claustros para integrar el gobierno tripartito)
- Algunos de los lugares de reunión del Comité Pro Reforma hablan de la pertenencia social de sus integrantes: Hotel Plaza, Teatro Rivera Indarte, Jockey Club.
- La Reforma Universitaria le ha otorgado una identidad tan fuerte a la Universidad argentina que, en el estudio de la misma, hemos confundido, a veces, la historia de la Universidad con la historia de la Reforma. En realidad, podemos pensar que el

período reformista se inicia en 1918 y termina en 1924 (con las intervenciones del presidente Alvear en Santa Fe y Córdoba).

Desde sus comienzos y en el tratamiento que se le ha dado a través de los años y del devenir de la historia, la Reforma Universitaria ha trascendido las fronteras de la universidad, es más a veces se olvida que es un movimiento universitario, y se lo ha tratado más como un movimiento político, romántico, modernizador, anticlerical.

Las sucesivas intervenciones y los cambios de modelos de universidad, especialmente bajo las dictaduras de Onganía y Videla, han sido poco estudiadas. O se han estudiado más desde la perspectiva de la resistencia estudiantil y docente. Se ha construido de ésta manera una línea de historia de la universidad siguiendo la historia de la Reforma, que es un poco abstracta y a veces resulta vacía. Me parece importante señalar este aspecto.

**NATALIA BUSTELO**– Comparto la importancia de señalar las características cordobesas y arranco donde dejó María. Creo que la Reforma tiene dos dimensiones: una institucional y una político-cultural. La primera está ligada a la democratización de las universidades, a la renovación científica y a una reestructuración de las casas de estudio. Varios reclamos se pueden rastrear desde fines del siglo XIX. Los reclamos tienen un carácter espasmódico, duran unos meses –a lo sumo un año– y no consiguen construir agrupaciones duraderas. Se advierte un frágil movimiento estudiantil que impulsa un programa que en cuanto a lo institucional traza una renovación similar a la del dieciocho, esto es, libertad de cátedras, concursos docentes, ingreso de los docentes en los consejos directivos y, en algunos casos, participación de los estudiantes en las decisiones universitarias. En ese movimiento está ausente la dimensión político-cultural que, como subrayaba María, va a ser central desde 1918. Con el movimiento que se inicia en 1918 surge un sujeto político-cultural, ese estudiante que no solo reclama reestructuración de las facultades y democracia universitaria, sino también reestructuración de las sociedades, esto es, democratización social sea desde una afinidad yrigoyenista, desde una socialista o una anarquista. Eso es nuevo, además de que la renovación institucional surge con fuerza, deja de ser espasmódica. En el

caso de Córdoba, por los motivos que señaló María, tiene una conflictividad mucho más aguda que en el caso de La Plata o Buenos Aires.

Me parece interesante subrayar que Córdoba dispara algo que no logra frenarse. Lo que parecía un conflicto regional, producto de las particularidades del espacio geopolítico cordobés, tan diferente a La Plata, Buenos Aires, Santa Fe, Rosario y Tucumán, rápidamente adquiere escala nacional y prolongación en el tiempo. En julio de 1918 se organiza el Primer Congreso Nacional de Estudiantes donde se juntan casi ochenta jóvenes universitarios de todo el país. Las mociones que terminan por aprobarse insinúan que la Reforma se reduce a modificar las universidades, porque los proyectos ligados a la dimensión político-cultural no logran consenso. Sin embargo, pronto es evidente que se inició un proceso de identificación del estudiante con un sujeto social que excede las preocupaciones universitarias. Esa es una fuerte conexión con lo que sucede cincuenta años después, es decir, con cuestiones que van a analizar Valeria y Ana.

En el congreso de julio, Gabriel del Mazo presenta un proyecto de gratuidad de la educación superior y no consigue que sus compañeros lo aprueben; Emilio Biagosch propone pensar la democracia más allá del parlamento y tampoco logra la aprobación. Sin embargo, ambos van a ser líderes, durante décadas, de la Reforma. Construyen ese liderazgo desde una dimensión político-cultural que no se proyecta en las asambleas representativas de estudiantes de las distintas facultades ni prevalece en las federaciones universitarias, sino en agrupaciones construidas según la afinidad político-cultural. Este vanguardismo desde el que se delinea el programa político-cultural de la Reforma creo que es una importante conexión con los sesenta.

En otras palabras, en los primeros años la Reforma alcanza masividad, pero las definiciones político-culturales no prosperan en las instancias masivas. Ante ello un puñado de jóvenes, estudiante o graduados recientes (como Deodoro Roca y Saúl Taborda), despliega distintas estrategias para que su agenda prospere. De ahí que no sea un dato menor que recién en 1932 se organice el Segundo Congreso Nacional de Estudiantes. ¿Por qué? Porque es un movimiento que no funciona a partir de asambleas representativas, sino a partir de liderazgos y desde 1922 los líderes tramam contactos continentales decisivos (con Víctor Raúl Haya de la Torre,

con Julio Antonio Mella, con Carlos Quijano, con Germán Arciniegas, etc) y construyen una identidad latinoamericana antiimperialista. Esto también conecta la Reforma con el movimiento estudiantil del '68. Este va a impulsar la inscripción de la Argentina en la identidad latinoamericana, o en lo que entonces se llamaba Tercer Mundo, y desde 1923 se advierte en el reformismo un intento similar de latinoamericanizar la Argentina frente a las miradas que acentuaban la excepcionalidad de un pujante y moderno Estado-Nación.

Como decía, con el congreso estudiantil de julio de 1918 parece que la Reforma se circunscribe a la dimensión institucional. En agosto Yrigoyen emite un decreto que obliga a las universidades a cambiar sus estatutos y de nuevo parece que ya está, que la Reforma es la democratización de las universidades y que eso se va a lograr en los próximos meses. Pero la aplicación del decreto hace emerger el conflicto en las distintas universidades y muestra que el movimiento estudiantil excede las reformas institucionales. En el plano institucional, el problema es cómo interpreta cada facultad el cogobierno estudiantil, o bien qué tipo de participación tienen los estudiantes: ¿tienen solo voz en los consejos o también voto? ¿pueden ser representantes solo los graduados o también los estudiantes de los últimos cursos –o incluso los de los primeros cursos–? La discusión sobre la democratización institucional se va a ampliar a otras cuestiones, como el tipo de extensión universitaria, y va a avanzar a partir de grupos pequeños que nunca llegan a ser mayoría, pero que por momentos consiguen masividad. Creo que ahí hay algo interesante para pensar en relación con los sesenta.

Junto al vanguardismo creo que hay otras tres cuestiones que aparecen en 1918 con la Reforma e invitan a trazar paralelos y contrapuntos con el movimiento estudiantil de 1968: la radicalización estudiantil de 1919-1922, la vinculación con el feminismo y el espacio de la Facultad de Filosofía y Letras. En cuanto a la primera, la Reforma termina por identificarse como un movimiento antiimperialista y latinoamericano, que hermana a los estudiantes del continente. Pero si se revisan los múltiples folletos y revistas que fueron editando los grupos que intentaban constituirse en esa vanguardia que mencionaba, creo que hay que delimitar dos periodos: entre 1918 y 1922 prima la radicalización política internacionalista y hacia 1923 aparece esa identidad antiimperialista y



latinoamericana hoy característica de la Reforma. Es decir, hacia mediados de los veinte los estudiantes izquierdistas dejan de unir Reforma con revolución social y empiezan a unir la Reforma con la denuncia de la presencia imperial de Estados Unidos en Centroamérica –sobre todo en Nicaragua– y en la Revolución Mexicana. El primer periodo de radicalización creo que podría cruzarse de modo interesante con el de 1968, porque está ligado a un periodismo estudiantil que por primera vez tiene un carácter explícitamente izquierdista, filobolchevique, y que como en los sesenta refuerza la percepción de que se inició una era emancipatoria cargada de posibilidades. A esos reformistas los interpela la Internacional del Pensamiento de Barbusse, la revolución rusa –sea desde el anarquismo o desde el socialismo– y el movimiento obrero argentino, que está en un momento álgido de huelgas y de manifestaciones callejeras. El periodismo político es una de las estrategias que despliega la vanguardia estudiantil ante su fracaso en el Congreso de 1918 y en la FUBA –sólo se radicaliza la Federación Universitaria de Córdoba (FUC) y la Federación Universitaria Argentina–. ¿Qué quiere decir en 1918 radicalizarse? Fundamentalmente, trazar solidaridades con el movimiento obrero, resignificar de un modo izquierdista la identidad de los estudiantes y redefinir los objetivos de las federaciones universitarias. En estas aparecen debates similares a los que venían teniendo las centrales obreras desde fines del siglo XIX: una federación gremial como la FORA, ¿tiene que tener una identidad política? Los que respondían que sí se agruparon en la FORA del V, de identidad anarquista, y los que respondían negativamente en la FORA del IX. Entre los estudiantes, en la FUC y la FUA va a primar la politización. Pero en la FUA es muy explícito que eso se alcanza por un proceso de “copamiento”: los porteños más radicalizados logran ser erigidos en representantes de la FUC, de la Federación Universitaria de Tucumán y de la de Santa Fe. Esto es posible porque la FUA funciona en Buenos Aires y en los estatutos se había estipulado que no era condición ser estudiante de la Universidad de Tucumán para ser representante por Tucumán.

Entonces entre 1918 y 1922 los intentos espasmódicos de politizar al estudiante en las izquierdas y de trazar solidaridades con los “explotados” o las clases trabajadoras, empiezan a ser sistemáticos, sobre todo desde 1919, y entre 1920 y 1921 son muy intensos y extendidos a distintas ciudades. Eso es algo nuevo porque

el estudiante es un “niño bien”, pertenece a los futuros “explotadores” o a las llamadas clases parasitarias. Sabemos por los estudios sobre clases que todavía no hay en Argentina una representación de la clase media como tal. Y esto lo confirma el periodismo estudiantil: los debates giran en torno de la solidaridad con los explotados desde una “traición de clase”.

Así, la discusión de las federaciones estudiantiles es similar a la de las federaciones obreras en lo relativo a la cuestión de si hay que politizar o no una instancia surgida para defender intereses gremiales. Ambas consideran, además, que solo existen dos clases: explotados y explotadores. Pero los estudiantes que promueven la politización van a tener que agregar la cuestión de la solidaridad a una clase a la que no pertenecen, se les suma un problema que no tiene el movimiento obrero.

La discusión sobre la politización estudiantil también se puede rastrear en la fundación en 1920 de la Federación de Estudiantes Revolucionarios. En ella participan grupos de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Rosario y Santa Fe que se cansan de intentar que las federaciones universitarias se definan por una posición revolucionaria. Es la primera federación gremial de los estudiantes que equipara el reclamo de democracia universitaria con el de revolución social y que traza solidaridad con la FORA del V. Dura poco, pero llega a articularse a escala nacional y a aparecer como una pequeña vanguardia. Por eso creo que podría pensarse un paralelo interesante con las experiencias sesentistas.

En cuanto a la segunda cuestión, la vinculación entre reformismo y feminismo, señalo brevemente dos cosas. Por un lado, en sus primeros años la Reforma es un movimiento masivo, que se expresa en las calles, y tiene como correlato la lucha por su definición: aparecen diversos grupos que proponen –desde el periodismo, los manifiestos y los mitines– qué es la Reforma y hasta dónde llega. Esto creo que invita a trazar un paralelo con el feminismo actual. Hoy no tenemos un movimiento estudiantil en las calles, pero sí un movimiento feminista que, como los estudiantes cordobeses de junio de 1918, presionan en los medios y en las calles a sus representantes para que “voten bien”. La masividad del feminismo impulsa, además, una similar lucha por la definición, en este caso de la división sexo-genérica. Por otro lado, quiero mencionar que es entre los reformistas que desde 1918 buscaron definir en continuidad democracia universitaria y revolución social

donde tiende a emerger la cuestión de la igualdad de las mujeres –cuestión que invita a trazar paralelos con el feminismo y el estudiantado de los sesenta–.

El movimiento feminista de los veinte estaba bastante movilizado –aunque lejos de la intensidad y masividad actual–, sobre todo desde el socialismo. En 1918 Alicia Moreau, Petrona Eyle y otras socialistas universitarias fundaron la Unión Feminista Argentina y desde el año siguiente editaron la revista *Nuestra Causa*. Desde principios del siglo XX existía el reclamo colectivo de las mujeres por ingresar a las universidades y por ejercer profesiones liberales. Esto implicaba una revolución de la división sexo-genérica, porque si se considera un valor positivo que las mujeres salgan al espacio público en los años veinte a ejercer la medicina, la abogacía o la ingeniería, debe reconfigurarse el espacio privado, el hogar –más aún antes de los electrodomésticos y los jardines de infantes–. Si miramos al movimiento reformista, ¿dónde encontramos una apertura mayor a ese tipo de reclamos? Entre los grupos que insisten en definir la Reforma Universitaria en continuidad con la revolución social, que buscan desenclaustrar la Reforma para participar de un movimiento político-social que inscribe a la Argentina no en América Latina –como pasará desde 1923 o en los sesenta–, sino en una revolución internacional.

Uno de los espacios en el que la Reforma se encontró con el movimiento feminista fue en la asociación Córdoba Libre, que logró masivizar el reclamo de la FUC a lo largo de 1918. En las proclamas de esa asociación está el reclamo de reforma universitaria junto al del divorcio, la igualdad civil de las mujeres y el sufragio femenino.

Desde una mirada general, la Reforma reproduce las desigualdades sexo-genéricas. Los manifiestos más difundidos no se pronuncian a favor del derecho de las mujeres a recibir educación superior y a ejercer profesiones liberales. Sin embargo, sí hay espacios en los que no se reproducen esas desigualdades: la asociación Córdoba Libre y –trayendo lo que decía María sobre las maestras normales como antecesoras de los reformistas– los grupos reformistas formados por normalistas –porque la Reforma disparó un debate intenso no solo en las universidades sino también en los Colegios Nacionales y en las Escuelas Normales–. En 1919 se organiza el Primer Congreso Nacional de Estudiantes de Escuelas Normales. El 90% de lxs delegadxs son mujeres. Distanciándose del rol social asignado, esas

delegadas discuten cómo democratizar la educación normalista y se pronuncian a favor de sociedades más igualitarias. Del Mazo recoge las resoluciones en su compilación de documentos de 1927 y afirma que fue uno de los movimientos más importantes del año. Y esto sirve para destacar que la tarea de lxs historiadores es recuperar los matices y complejidades del movimiento reformista, de mostrar qué se discute y se construye cuando hay masividad pero también qué queda cuando baja la participación.

Para finalizar, me parece interesante mencionar el lugar de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), tanto por las particularidades que tenía en 1918 como por su lugar central en los sesenta. Cuando estalla la Reforma es la única facultad en la que un tercio de sus estudiantes son mujeres. Era la única que daba títulos de doctor y doctora y que aceptaba los títulos emitidos por las Escuelas Normales. Para ingresar en las otras facultades había que tener un título emitido por los Colegios Nacionales. La FFyL les permitía a las mujeres acceder a una educación superior pero no a cualquier educación superior: a una que no las habilitaba para ejercer una profesión liberal que las sacara de la esfera del hogar, esto es, doctorado en letras, historia o filosofía. Esta facultad tenía una marca muy elitista y esto se advierte en su movimiento reformista: priman los grupos que definen la Reforma en una clave nacionalista y conservadora, y que no cuestionan el lugar social de la mujer. Incluso las estudiantes que participan del reformismo escribiendo artículos y pronunciando discursos subrayan que las mujeres tienen asignadas tareas de cuidado y afecto y que estas complementan a las tareas públicas y políticas de los varones. Esto se prolonga durante décadas en la Facultad de Filosofía y Letras y tiene una interrupción abrupta con la renovación de los sesenta, cuando la fundación de las carreras de psicología y sociología ofrecen títulos habilitantes para ejercer profesiones. Con ello no solo se reconfigura esa facultad, sino también el tipo de educación superior y las profesiones habilitados para los géneros en el marco del Estado-Nación argentino.

**ANA DIAMANT**– Quiero agradecerles mucho la invitación, es un gusto estar acá. Debo contarles que me dio un poco de susto porque vengo del campo de la educación, no de la historia.

Elegí algunos temas vinculados a la convocatoria y decidí, además de comentarlos, compartir alguna documentación original de época. Me voy a concentrar en los años '60. Tengo el privilegio de haber heredado un archivo muy rico de esos años, el archivo que perteneció al profesor José Töpf. De ese archivo elegí dos piezas que están acá para que las veamos, que son del año sesenta: el informe que corresponde a la gestión del proyecto Isla Maciel y el informe que corresponde al proyecto de Orientación Vocacional.

Además, si bien la Reforma nos pone a pensar en una perspectiva latinoamericanista por cuestiones autorreferentes también elegí, si da el tiempo, pensarlo en perspectiva más rioplatense que latinoamericanista, y recurrí a dos ejemplares de los Cuadernos de Marcha que leen en el sesenta y ocho y en el sesenta y nueve qué estaba pasando en la Argentina y en Buenos Aires.

Me inspiró el trabajo de Carlos Fuentes sobre la contestación, La Francia revolucionaria: imágenes e ideas, publicado en el N° 15 de julio de 1968. Pensé que la contestación y la cuestión de los desafíos y de impedir las consagraciones es presentada como una apertura, y a partir de acá propongo que empecemos a discutir. En esa relectura se me ocurrió que la idea de los desafíos y de impedir las consagraciones podríamos pensarla como un cierre explicativo, casi una síntesis de todas muchas de las cosas que fueron pasando desde fines de los cincuenta a fines de los sesenta.

Voy a tomar también una de las ideas de Frondizi en su discurso de asunción, de comprometerse, de hacer una puesta al día de los postulados de la Reforma y a partir de allí revisar la función social de la universidad y lo voy a analizar junto a testimonios, que es lo que particularmente me apasiona.

Me encuentro con un corpus de testimonios que hacen referencia casi sistemáticamente a dos conceptos: la Segunda Reforma, la Re Reforma, en el sentido de que la Reforma, cincuenta años después, tiene que aportar algo más, más allá del discurso a veces de barricada, o a veces académico. En ese conjunto de testimonios aparece reiterada la idea de la oportunidad de puesta en acto de los postulados de la Reforma. Buscando cuáles podrían ser las creaciones que darían cuenta de esta oportunidad de poner en acto los postulados de la Reforma, me

concentro en dos. Por un lado algo que ustedes habían mencionado en la convocatoria, que es la creación de nuevas carreras, y por otro lado elegí una línea transversal que es la línea de Extensión Universitaria, porque convoca particularmente y con mucha potencia tanto a estudiantes como a docentes de estas nuevas carreras.

A las experiencias de Extensión desarrollada por aquellos años, las clasifiqué en dos grupos: experiencias “puras” y experiencias “impuras”.

Llamo experiencias “puras” a aquellas que fueron formalmente creadas –estoy hablando particularmente de la UBA– para cumplir con la misión social de la universidad. Básicamente fueron tres, Isla Maciel, el Departamento de Orientación Vocacional y Departamento de la Edad Evolutiva. Las dos primeras me parecieron ejemplificadoras de las decisiones políticas y académicas que se tomaron, considerando también datos que surgen de los informes, de los testimonios y de los documentos oficiales. Me centraré en ellas.

¿Cuáles son las “impuras”? Sólo para mencionar algunas, fundamentalmente acciones que surgen a partir de servicios hospitalarios, por ejemplo en el del Hospital de Niños, las actividades de Escardó, de Goldemberg en Lanús y también de servicios educativos. No tienen el formato de actividades de extensión aunque, de hecho son actividades de extensión y convocan a un público paralelo al que convocan aquellas otras.

Leyendo los testimonios que relatan sobre unas y otras experiencias se ven descriptas con un entusiasmo épico arrollador.

Tomo una idea tuya, Natalia, de vanguardia, como una vanguardia potente pero autorreferente. Parecía que se iban a llevar el mundo por delante. La potencia estaba, pero convengamos que eran grupos reducidos, avasalladores desde su propio discurso. Éramos, hacíamos, podíamos, son palabras que se repiten y se enfatizan.

Seleccioné, y voy a comentar después si tenemos tiempo, algunos de esos testimonios para fortalecer la idea de una vanguardia y autorreferente.

La perspectiva de vanguardia está presente en dichos como: vamos para adelante, estamos cambiando, pegamos un salto cualitativo, palabras que surgen de los testimonios asociados al concepto de Reforma y vamos a la revolución.

Pero también hay que asumir que se trata de un grupo bastante endogámico. Y acá también aparece lo que vos, María, traías de la clase social a la que pertenece esta vanguardia, con una aclaración que no la pensé hasta este momento y ahora que te escuchaba a vos lo agregué, que es el lugar de las mujeres. Porque prácticamente, con pocas excepciones, en la carrera de Psicología, tanto en su creación como en estos proyectos de extensión, básicamente hay mujeres. En Orientación Vocacional está la figura de Nicolás Tavella como una figura fuerte de hombre, pero el resto prácticamente son todas mujeres.

Esto me hizo pensar en la cuestión de los voceros.

Muchos de los testimonios que encuentro de participantes de Isla Maciel que han trascendido –en otros archivos, no sólo en los míos– son varones: Juan Carlos Tedesco, Osvaldo Devries, y algunos otros que quizás son más conocidos en el campo de la Psicología (a propósito traigo estos dos nombres), pero su ejército de trabajadoras era un ejército de mujeres. Cuando hago esta mención, no quiero dejar de lado a mujeres destacadas en estas actividades como Amanda Toubes, entre otras.

Una cosa interesante para revisar, para quienes trabajamos con testimonios es la intención de darle voz a los que no tienen voz, ya que muchas veces terminamos dándosela a quienes ya la tienen asignada.

Este es el camino que elegí para lo que voy a plantear a continuación.

Indagué y reflexioné sobre qué es lo que discuten estos dos informes de actividades, tanto el de Isla Maciel como el de Orientación Vocacional.

En el caso de Isla Maciel, del material con el que se cierra el proyecto, después del golpe de estado de Onganía, es interesante tomar exactamente la última frase de la despedida. Aquí el equipo de trabajadores de Isla Maciel plantea que se van “con profundo dolor”, que por “el respeto y el afecto que debemos a los hombres y mujeres de Maciel, es que no podemos seguir dentro de esta Universidad” y con la

sensación “de haber cumplido con algo que soñamos, y que fuimos haciendo realidad con ustedes”

La pregunta que sigue es quiénes son los ustedes en el contexto de esta experiencia. No quiero de ninguna manera pensar que se pueda generalizar, pero ¿quiénes son los ustedes?

Para aproximar a una respuesta, una de las primeras cuestiones es ubicar un principio y un final en esta historia. El final ya lo tenemos, ¿cuál es el principio?

El principio, de acuerdo a lo que fui rastreando, y a lo que me interesó recortar (porque para atrás uno puede seguir infinitamente) podría ser ese primer trabajo de Gino Germani del cincuenta y seis, donde plantea un concepto que me pareció interesante, que es el concepto de penetración. Entonces, quiénes son ustedes?

Los ustedes, en primera instancia, serían quienes respondieron a aquella encuesta que lleva adelante Germani en 1958 en la población de la Isla. Los resultados de esa encuesta se replican en un montón de trabajos monográficos, a algunos de los cuales creo que les faltó esa pregunta: ¿quiénes son ustedes?, ¿quiénes son los otros para los que estamos pensando?

Me metí en el informe a ver qué se discutía en ese momento desde esta perspectiva, y me centré particularmente en las formas de nombrar algunas cosas, por ejemplo: métodos objetivos utilizados en el relevamiento de la información; métodos de acción social; métodos para el cambio social. Esto es una pintura de época que creo que nos da datos importantes aunque sean esas palabritas sueltas. Y después, cómo se llegan a validar estos métodos.

En este informe, que fíjense ustedes, es una versión carbónica del papel de seda, ellos explican la forma en que validan los métodos: a partir del análisis de casos.

Me pareció muy interesante, que desde un universal como puede ser el concepto de método, finalmente la provisión de la información para responder a quiénes son los ustedes sea el análisis de casos.

Y sorprende el preciosismo y los detalles en la descripción de cada caso: un obrero metalúrgico que tiene una hermana..., un jefe de familia entrerriano, peón, semianalfabeto..., una familia que solicita de una asistente social..., una madre



preocupada por el alcoholismo de su pareja... y así infinitos, infinitos casos, que después les permiten por supuesto hacer sistematizaciones en las que hoy no vamos a entrar.

La otra pregunta que me hice fue: ¿en qué rubros incursionan? ¿Cuál era la lectura de las necesidades de los ustedes? Fundamentalmente cuatro: educación, salud, vivienda y, me sorprendió, no lo había tenido tan claro hasta esta relectura, el concepto de recreación y tiempo libre.

Es interesante pensar en – no es la palabra de época– sujetos vulnerados o en situación de vulnerabilidad, y ocuparse de la recreación y el tiempo libre... De dónde salen estas ideas? Encontré algunas experiencias del extranjero, fundamentalmente de Francia, algunas de Estados Unidos, y algunas – que creo que esto es una deuda para investigar con más profundidad – que tienen una clara base de inspiración en lo que fueron las misiones pedagógicas de la República Española.

Volviendo a educación, dónde se centra la preocupación? Indudablemente en la escolaridad, y la discusión del concepto de analfabetismo. La Escuela Vespertina, y otras actividades pedagógicas plantean no solamente reponer lo que no hay, que en este caso es escuela vespertina para los que no pueden ir a la escuela “común”, sino también la cuestión reparatoria, que actúa como una fórmula de denuncia al sistema, lo que la escuela no puede hagámoslo por otro camino. Otro tanto sucede con la Cooperativa de vivienda, la Unión Vecinal, el Centro de readaptación de desertores, el campamento estival para jóvenes, el taller de costura, el servicio de asistencia social y educación familiar, etcétera, etcétera.

Volviendo a los informes y pasando a otra experiencia. ¿Qué discute el de Orientación Vocacional? En el año sesenta y dos se plantea una reestructuración del servicio. El proyecto arranca en el cincuenta y seis con una idea muy particular de UNESCO respecto de qué es orientación vocacional. En el cincuenta y ocho, cincuenta y nueve hay un viraje en los enfoques de cómo pensar la orientación vocacional fundamentalmente por una cuestión instrumental: con qué test, con qué baremos, cómo se mide a esta población que además no es la población de acá a la vuelta, es una población más alejada de la geografía habitual y de la vinculación

con los centros educativos, sin dejar de considerar la preocupación por la redistribución de la matrícula al interior de la UBA.

Hay mucho trabajo en esos años de reformulación de instrumentos, traducción, adaptación de baremos.

Así como en el caso de Isla Maciel, se discute el método, en este caso lo que se cuestiona, básicamente es si la orientación vocacional es una actividad individual o colectiva. Y esto creo que tiene una línea directa con el tema de la creación de las carreras.

La Psicología, viene ganando terreno muy rápidamente, pensando desde el deseo, desde la expectativa, en la actividad del cara a cara, desde la clínica, desde el psicoanálisis. Que desde el proyecto de orientación vocacional se permita discutir en estos años la idea de que no son proyectos individuales, de que no se trata solamente de la cuestión del sujeto sino de la necesidad del cuidado de lo institucional, me pareció un hallazgo interesante. Y allí, una de las cosas interesantes que creo que hay que reponer para este período es la aparición de la primera Guía del estudiante, que plasma la idea de orientar no solamente hacia adentro, no sólo en la redistribución de la matrícula, sino también pensar hacia fuera.

Y la otra cuestión que se vincula con la Carrera de Psicología, es cómo discuten en este informe por lo menos y en unos boletines internos de la época un concepto que me parece clave, que es el de entrevista. Cómo ponen en tensión para esta idea de entrevista la perspectiva de las ciencias sociales en su conjunto respecto de la perspectiva del psicoanálisis.

También me pareció interesante recuperar la visión epocal que tiene que ver con la idea de grupo y de discusión en grupo. Que también es un jaque a la potencia con que la Carrera de Psicología piensa lo individual, por lo menos desde la perspectiva del psicoanálisis.

Debo decirles que no tenía recuerdo, pero me emocionó mucho que gran parte de estos boletines informativos que elegí para comentar fueron escritos por Marta Brea. Marta Brea fue una de las promotoras del servicio de Orientación Vocacional

y desaparecida en el Hospital de Lanús, un servicio que dio especial cabida a primeros graduados y estudiantes avanzados de Psicología.

Ahora una brevísima relación con las carreras, yo me focalicé fundamentalmente en dos, la de Psicología y la de Ciencias de la Educación. Tomo tus ideas, Natalia, de pensar la Facultad de Filosofía y Letras –que es la cuna de ambas– en clave no profesional, en clave académica, y cómo estas carreras alteran hasta el funcionamiento interno, las expectativas, las formas de relaciones y hasta la vestimenta de las y los estudiantes.

Hay algo que marca una diferencia importante entre ambas. Una es una herencia, Ciencias de la Educación es hija de Pedagogía, no es una creación genuina de este período, y a Ciencias de la Educación le ha costado muchísimo desprenderse de esa vieja herencia, en contraposición con la carrera de Psicología, que aparece como una novedad.

Por supuesto que en términos de creaciones, para este período no podemos dejar de pensar el tema de Ciudad Universitaria, la computadora Clementina, el INTA, el INTI, el Instituto Nacional de Cinematografía. Los quise nombrar a propósito por la vigencia que tiene hoy que estemos pensando el INTI, el INTA, el Instituto de Cinematografía, frente al abandono, al desfinanciamiento. Por lo menos en esta primera intervención no podía no mencionar estas cosas.

**VALERIA MANZANO**– Muchísimas gracias por la invitación y muy oportuna la relación porque yo también voy a hablar de los sesentas. No voy a poder recorrer todo lo que pensaba, pero sí voy a hacer un planteo del orden más conceptual o metodológico: pensar unos sesentas largos, para la Argentina, para América Latina en general, que no están ceñidos cronológicamente a la década en sí. En otros trabajos yo lo he pensado desde el cincuenta y seis, cincuenta y siete, para el caso argentino, hasta el setenta y tres; para los sesentas latinoamericanos existe cierto consenso en pensar un cincuenta y nueve (o sea, los inicios de la Revolución Cubana) y un setenta y tres (con el golpe de estado en Chile) como los sesentas largos, y el sesenta y ocho como un momento particular, al cual en lo personal lo considero como el momento de declinación propiamente política de dinámicas de

más largo alcance socioculturales, educativas y políticas que atraviesan los sesentas largos. A mi criterio, durante estos sesentas largos se produce una combinación muy nueva de las ideas en torno a reforma, no solamente reforma universitaria sino también reforma social, y revolución. Y creo que efectivamente una de las arenas donde se juega la idea de reforma social y no sólo universitaria es la educativa. Ana trajo a colación el discurso inaugural de Frondizi, yo voy a tomar el chárter de Punta del Este del sesenta y dos, donde se lanza formalmente para la región la Alianza para el Progreso. En el artículo seis, que es el artículo dedicado específicamente a procesos educativos, lo que se prioriza es el financiamiento de la educación secundaria y de la educación superior. Básicamente, y lo cito directamente, para la generación del “personal competente que necesitan sociedades en cambio rápido”. El chárter prioriza esos dos subsistemas educativos o niveles educativos y no necesariamente la educación primaria. Y recuerdan que entre los países que estuvieron más favorecidos por los financiamiento de la Alianza para el Progreso y su lenguaje de reforma social (que incluía la reforma agraria y la educativa), están Chile y Uruguay, que extienden durante la primera mitad de la década del sesenta la obligatorización de la educación secundaria. No es el caso de Argentina pero de todas maneras el cuerpo estudiantil secundario se cuadruplicó entre 1945 y 1970. En lo referente a las matriculaciones en la educación superior, en Brasil, la población estudiantil se duplicó en solo cuatro años (pasando de 135.000 en 1964 a 270.000 en 1968), mientras que en México se elevó desde 70.000 en 1958 hasta 400.000 en 1968. En la Argentina, el cuerpo estudiantil universitario creció siete veces entre 1945 y 1972. Y también en Argentina, entre el cincuenta y ocho al setenta y dos, según los censos universitarios crece cinco veces la población universitaria. En solamente catorce años. Tengamos en cuenta los números, y sobre todo el vértigo de esa expansión y lo que implicaba para la infraestructura, y también para la politización de los diferentes actores dentro del universo universitario. Y que en parte los apoyos o no apoyos para esas expansiones a nivel latinoamericano y también argentino se van a hacer bajo el paraguas de la reforma social, digamos, programas de corte reformistas y modernizadores en lo social. Yendo al caso que más conozco, el

argentino, el “cuerpo reformista”—como lo llamó la socióloga Silvia Sigal—  
atravesó, entre 1955 y 1966, una serie de mutaciones significativas.

En primer lugar, las universidades nacionales fueron regidas durante esa década por principios básicos del reformismo universitario, aunque el cuerpo reformista sufriera “derrotas históricas”, la más palpable fue en el cincuenta y ocho el resultado del conflicto conocido como laica o libre, que no sólo fragmentó al cuerpo reformista sino que además habilitó la emergencia del subsistema privado y que otorgó un espaldarazo importante para quienes, desde el mundo estudiantil, se enrolaban en tendencias católicas (como el humanismo, o el integrismo en Córdoba). Entonces en esa década larga en la cual uno si mira desde la perspectiva institucional la puede pensar como la larga década reformista, o una de las décadas en las cuales sin intervenciones se rige el espacio universitario por principios reformistas, si miramos el movimiento estudiantil lo que tenemos es una creciente fragmentación, y el reformismo va perdiendo, creo, la hegemonía que había sabido mantener dentro de las federaciones y los centros clásicos

21

En segundo lugar, si bien el lenguaje y los modos organizativos ligados al reformismo continuaron siendo clave en espacios universitarios importantes, como Buenos Aires o el Litoral, las disputas internas se intensificaron en la primera mitad de la década de 1960. En principio, aparece por primera vez con mucha fuerza en la agenda reformista el reclamo por el financiamiento. Hasta los sesentas el reclamo por el financiamiento universitario es un reclamo menor dentro del movimiento estudiantil reformista. A partir del sesenta y uno, sesenta y dos, al sesenta y cinco, ya es bandera fundamental la falta de financiamiento de la universidad. Pero a la vez muchas de las disputas aparecen ligadas a cuestiones que podríamos decir extrauniversitarias, si tiene algún sentido hablar de extra o intrauniversitario a esta altura del partido, que es algo a discutir. La aparición de un “partido cubano” tras la invasión a Playa Girón, por ejemplo, hablaba de la emergencia de identidades nuevas, que cruzaban a laicos y libres, reformistas y no reformistas, y lo mismo sucedió con el apoyo estudiantil a las huelgas de la CGT en 1964. ¿A qué voy con esto? A que a la llegada del golpe de estado de 1966, entonces, nos encontrábamos con un movimiento estudiantil mucho más

fragmentado, en el cual el reformismo había perdido notablemente su influencia y hegemonía, por más que mantenga el control de las federaciones.

Voy ahora al momento específico del sesenta y ocho. En mayo de 1968, al calor de las protestas globales, un editorialista del semanario Primera Plana se preguntaba, casi avergonzado, qué pasaba en la Argentina, la cuna de la Reforma, que el movimiento estudiantil parecía tan calmo. En el momento más álgido de las revueltas parisinas en Argentina no pasaba nada, lo que estaba pasando era que no pasaba nada. Por supuesto, para explicar esa “apatía” hablaba acertadamente de la desarticulación institucional, del no reconocimiento de las tradicionales organizaciones estudiantiles y el incisivo control policial. Sin embargo, ni la “apatía” era tal, ni esa imagen es útil para comprender las transformaciones profundas que atravesaba el movimiento estudiantil. El cincuentenario de la Reforma sirvió de ocasión para que grupos estudiantiles aglutinados en la Federación Universitaria Argentina intentaran salir a la luz. En esos momentos, la FUA estaba dirigida por grupos recientemente escindidos de la Federación Juvenil Comunista (que en 1969 fundaron el Partido Comunista Revolucionario y tres años más tarde oficializaron su adscripción al Maoísmo). Para el cincuentenario, de todas formas, tanto quienes se habían ido como quienes se quedaron en el viejo partido organizaron un comité de preparación de una serie de actos. En la semana conmemorativa, iniciada el 14 de mayo, al menos 300 estudiantes fueron apresados en Córdoba, Buenos Aires y La Plata. Hay un intento de celebración, hay un intento de homenaje, un intento que no tiene lugar básicamente porque terminan presos. El acontecimiento más virulento tuvo lugar en Rosario: allí sería la sede del homenaje central y, aunque un juez había autorizado el acto, la policía reprimió severamente a estudiantes y docentes.

Pero a la vez nuevos y viejos actores dentro del movimiento estudiantil van a intentar producir sus propios balances, una relectura de la Reforma y sus legados. Así, la FUA produjo un manifiesto en el que sostenía la necesidad de no claudicar de las “banderas del 18”—incluyendo la autonomía y el gobierno tripartito—pero readaptándolas: “la reforma es hoy para nosotros bandera de unificación de los estudiantes contra la dictadura y por el poder popular, superadas etapas

centistas de mutua desconfianza entre trabajadores y estudiantes”. En esa breve redefinición, el manifiesto producía una interpretación de la Reforma como movimiento contra las tiranías (ahora, dictadura) e introducía una variación contextual muy situada al invocar su relación con el “poder popular”. Asimismo, como venía haciendo la FUA desde (al menos) 1965, el manifiesto daba por “superadas” esas “etapas cenicientas” en las cuales la federación había sido uno de los baluartes del anti-peronismo, y complementaba esa lectura sosteniendo que las viejas antinomias, incluidas las que enfrentaban a católicos y reformistas, habían quedado atrás ya que lo importante era “aunarse bajo las banderas liberadoras y antiimperialistas”. Básicamente hay una redefinición del movimiento reformista como movimiento en este caso antidictatorial, antitiranías, y una variación contextual muy obvia con la declinación hacia el maoísmo en torno al poder popular, y básicamente un intento de pensar superar las viejas antinomias peronismo y antiperonismo. Y hay un intento por parte de la FUA de convocar – como el espacio ya no hegemónico articulador del movimiento estudiantil– a esos otros actores que tenían muchísima pregnancia, especialmente en las provincias interiores, para formar un movimiento estudiantil unificado. Los grupos de origen católico a los que la FUA convocaba también se sirvieron de la ocasión del cincuentenario para marcar sus posicionamientos. Tanto los humanistas como los integralistas seguían de cerca los debates que acaloraban al mundo católico, especialmente al finalizar el Concilio Vaticano II (1962-1965), cuando se intensificaron formas de activismo social y político que llevó a cientos de estudiantes católicos a barrios obreros, villas de emergencia o áreas rurales. Dotándose de sus propias formas organizativas y políticas, estos grupos católicos también avanzaban en una crítica de la tradición reformista. Voy a leer algo que dicen los integralistas (que “controlaban” lo que quedaba de la Federación Universitaria de Córdoba) en 1968: “la Reforma no representa una alternativa revolucionaria, nacional y popular para los trabajadores y los estudiantes, y sus postulados superficiales y perimidos no constituyen una alternativa para la Argentina”. En el mismo sentido se expresaba Julio Bárbaro, quien insistía con los “beneficios colaterales” de la intervención de 1966, que “destruyó la isla democrática que nos marginaba del país y nos obligó a entrar en la Argentina de

los oprimidos”. La asimilación de la universidad post-1955 a una “isla democrática” se convirtió en un caballito de batalla, sintetizando sus posiciones respecto al movimiento estudiantil reformista al que—no importaba cuánta autocrítica hubiese hecho—se le impugnaba su complicidad con las políticas de proscripción del peronismo, al cual tanto humanistas como integralistas se acercaban cada vez más. Todos insisten en la idea de la posibilidad de construir nuevos puentes con el movimiento popular. A mediados de 1968, ambas corrientes convergieron en la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) y, en una reunión clandestina de agosto de 1968, junto con la Federación Universitaria de la Revolución Nacional—de La Plata—y el Frente de Estudiantes Nacionales (FEN), decidieron la creación de una “Mesa Provisora de Peronistas Universitarios” y su adhesión a la Confederación General de los Trabajadores Argentinos (CGTA), que el resto de los otros sectores burocráticos, podríamos decir, del movimiento obrero la tildaban directamente como la CGT de los estudiantes, la denostaban diciendo que era la CGT de los estudiantes.

24

¿Qué me interesa plantear? El motivo de la unidad obrero estudiantil, Natalia hizo referencia a eso recién, es un motivo que está entroncado al momento reformista del dieciocho. En el sesenta y ocho no hay nada nuevo en torno al subrayar la posibilidad, eventualmente la necesidad de construir alianzas. Ese motivo, ya consolidado desde los tiempos reformistas, era lo que permitía, en pleno momento 68, producir una evaluación de los procesos europeos. Mientras que la FUA lanzó, en mayo de 1968, un manifiesto de solidaridad con los estudiantes y, en especial, los trabajadores franceses, muchos otros estudiantes negaban validez a las demandas y acciones de sus pares europeos. Julio Bárbaro, por ejemplo, indicaba que “Para la muchachada que hoy sale a la calle, sus padres históricos son el federalismo, el yrigoyenismo y el peronismo. Nos importan un bledo Marcuse y Marx”. Roberto “Pajarito” Grabois, su colega del FEN, sostenía por su parte que “los estudiantes apoyarán la Revolución de los Trabajadores. Quienes piensan que los trabajadores deben apoyar la revolución de los estudiantes, seguirán soñando en París mientras la historia se gesta en Avellaneda, en Tucumán y en cada barrio y provincia de la patria”. “Nuestras” luchas no podían ser como las europeas, o como esos dirigentes estudiantiles las representaban. ¿Y cómo las representaban?



Siguiendo en líneas generales los modos en que la prensa gráfica se hacía eco de ellas, aunque especialmente de París, el foco estaba puesto en “los estudiantes” y, en particular, en las acciones más hedonistas e iconoclastas, como los grafiti y los reclamos anti-autoritarios y por múltiples liberaciones, incluida la cultural, la sexual, etc. Aunque en las memorias, muchos estudiantes argentinos de fines de la década de 1960 reconocieran haber participado de un movimiento “transnacional”, al menos quienes pudieron hacerse oír en su momento resaltaban mucho más las diferencias con eso que se pensaba sucedía en Europa. Reconstruyendo testimonialmente la participación política o la socialización política juvenil de fines de los sesentas, desde el hoy se entrama muchísimo más la participación estudiantil y política juvenil a fines de los sesentas con un movimiento global, transnacional, y sí, lo mismo pasaba en México, lo mismo pasaba en París, pero ese recuerdo que en un punto son memorias generacionales, son memorias. Las voces que fueron audibles en 1968, 1969, buscaban diferenciarse, buscaban una diferenciación. La medida de evaluación ha sido, por lo menos para quienes fueron audibles, pensar que esa articulación obrero estudiantil no existía en Europa, que lo que estaba sucediendo, especialmente en París, que era lo que colmaba los diarios y la prensa nacional, era –se la llamaba así– la rebelión de los estudiantes. Especialmente, insisto, con los elementos representados como más propiamente antiautoritarios, con una centralidad puesta, por ejemplo, en el rol de Marcuse y “los nuevos profetas de la izquierda”.

25

Y en efecto creo que muy difícilmente pueda encontrarse de manera explícita un programa similar por ejemplo al del situacionismo francés entre el movimiento estudiantil argentino de fines de los sesentas. Pero no obtura, y con esto voy cerrando, que los, y especialmente las estudiantes de la década del sesenta participaban muy profundamente de las transformaciones de las sociabilidades y las culturas juveniles sesentistas. Para el caso porteño el espacio de sociabilidad estudiantil estaba totalmente mezclado con lo que sería las coordenadas de los *sixties* criollos; el circuito de librerías, tiendas y disquerías de la Manzana Loca, el Instituto Di Tella, las salas de exhibición de cine arte, de hecho el centro de estudiantes de Filo tenía la propia sala de exhibición. Y más fundamentalmente si ampliamos el foco a la prensa diaria los y las estudiantes eran realmente tomados

como el ejemplo máximo de la modernización y de la modernidad. Y eso en dos grandes terrenos: uno tiene que ver con los consumos culturales, cuando se trataba de mapear las transformaciones en los consumos culturales más cosmopolitas se buscaba la participación en mesas redondas, en encuestas, de estudiantes especialmente de Filosofía y Letras por supuesto y de Derecho. Me acuerdo siempre una nota de Siete Días que decía que las iniciadoras de la moda de la minifalda habían sido las chicas de Filosofía y Letras y las chicas de Derecho. Y el segundo se relaciona con las transformaciones en la moral sexual, la sexualidad femenina, la aceptación pública del sexo prematrimonial.

Y aquí sí creo que hay una diferencia que es crucial, que ya mencionó Natalia, del cuerpo estudiantil de los diez y de los veinte con respecto al de los sesenta y tiene que ver precisamente con la matriz genérica. A la hora de pensar la expansión vertiginosa de la matrícula universitaria desde la década de 1950 en adelante, hay dos componentes clave: uno es la “penetración” de las universidades entre los sectores medios, la segunda es la feminización de la matrícula. Nuevamente los números, en 1958 para el conjunto de las universidades nacionales el veinticinco por ciento de la matrícula estaba representada por mujeres y para 1972 el porcentaje había ascendido al treinta y ocho por ciento. De las cuales además para el caso de la UBA por ejemplo, el ochenta y seis por ciento era de primera generación, frente al ochenta por ciento de los varones, o sea más chicas de primera generación que varones de primera generación en la UBA. Esa incorporación masiva a carreras tradicionalmente femeninas, como las de humanidades, y también a otras, como Derecho, Medicina o Ciencias Económicas, nos habla de los deseos, las expectativas, y las posibilidades concretas de salirse de “su” lugar, en una década en la cual, al menos en el área metropolitana de Buenos Aires, se produjo un considerable aumento en la edad de matrimonio o cohabitación y, con ello, la prolongación de ese tiempo que era propiamente juvenil.

Por último, como lo señalaba recién Ana, más allá de esas transformaciones profundas en la sociedad y en la cultura, el espacio universitario presentaba fuertes barreras generizadas. La participación de las jóvenes dentro de los espacios de

sociabilidad política y el movimiento estudiantil era muy evidente en algunas facultades más que en otras, pero las barreras fueron muy fuertes a la hora de ocupar cargos de cierta responsabilidad dentro del movimiento estudiantil. Muy pocas chicas en la Universidad de Buenos Aires pasaban más allá de cargos de representación en los Consejos Directivos a nivel de Facultad y prácticamente ninguna lo hizo a nivel universitario. Después de la ilegalización de la FUA y la FUBA, cuando se recompone en el setenta y uno, setenta y dos, nuevamente nos encontramos con una hegemonía absolutamente masculina en los cargos más importantes, ya sean vertientes católico peronistas como vertientes de izquierda, no hay prácticamente chicas en la conducción. A nivel académico sucedía lo mismo: para 1972 casi el 90% de los profesores eran varones. Al año siguiente, en la UBA, por primera vez hubo una decana mujer—Adriana Puiggros. O sea que también había una barrera infranqueable para quienes habían podido acceder a una carrera académica. Creo que si miramos desde una perspectiva generizada nos da cuenta de las contradicciones y los límites muy fuertes de esa modernización sociocultural en general y académica en particular para la década del sesenta.

27

**PATRICIA FUNES**— Me gustaría unir algunas cosas de las que escuché en esta mesa, para ubicar y definir determinados actores. Así como decía María, estos actores de Córdoba son hijos de las familias patricias en un proceso de modernización pero que también es un proceso de modernización complicado, con la Iglesia y todo lo demás. Me parece que tanto en los veinte como en los sesenta la identidad de joven es más interesante que la identidad de estudiante. Concretamente la invocación del Manifiesto es a los hombres libres de Sudamérica, hablan los jóvenes, la juventud, ni siquiera dice “universitaria”. ¿Por qué? Porque el continente estudiantil era un continente muy desalentador en los años veinte. Según las crónicas de la época los estudiantes van tras “la sirena del título”, se describen la molicie y el aburrimiento. En ocasiones se puede reconocer mucho más fácilmente y es mucho más versátil la categoría de joven. En ocasiones se confunde en los análisis al activo político estudiantil con los estudiantes. Pero las dos categorías pasan rápido. La de estudiante porque es un transeúnte y la de joven porque se crece. Entonces me parece que una de las vitalidades que tienen tanto los veinte como los sesenta son esas interpelaciones que quedaron en el camino. Porque ya lo dijo Natalia, lo dijo

María, en los veinte es muy difícil encontrar un profesor reformista. Un rector reformista creo que fue Ricardo Rojas y nadie más. Un decano, Alfredo Palacios. Ahora, en La Plata estaba Benito Nazar Anchorena, ocho años estuvo Benito Nazar Anchorena, en la década del veinte. Pero más allá de esto me parece que el pensarse como jóvenes –más allá de que lo fueran, porque como decía Ingenieros: los jóvenes que no están con las izquierdas son una vejez que se anticipa a las canas. O sea que él también era joven aunque no era joven– tiene una legitimidad, de lo joven como figura, que me parece que juega. Además atiende a una cuestión institucional también: lo joven incluye a los graduados. Y Deodoro Roca estaba graduado cuando escribe el manifiesto, Arturo Capdevilla estaba graduado cuando escribe el manifiesto, Arturo y Raúl Orgaz y Gregorio Bermann prácticamente. El historiador Pablo Requena armó recientemente una reconstrucción de biografías mirando, más allá del corte clasista, quiénes eran los principales referentes de Córdoba. Eso también hace que muy pronto haya alguna renovación en algunas facultades nada más, de algunos profesores, y ocupan cargos porque se ven como una vanguardia alternativa. Acá me quedo con algo que decía Ana: la idea prepotente de que la universidad somos nosotros, de que podemos modernizar esto. Prepotencia desarrollista se llamó, no les pasaba solamente a los reformistas del cincuenta y cinco. Pero también aparece esta idea de iluminismo, de un iluminismo casi imposible de franquear, porque hay que escuchar del otro lado y lo dicen en bastantes memorias, lo que pensaban los obreros peronistas de esos jóvenes que les iban a enseñar tantas cosas maravillosas. Y cuánto de los resultados y los no resultados de las viviendas populares, por ejemplo, se relaciona con esta autopercepción de los universitarios. Entonces: jóvenes, legitimidad, los haberes y deberes. Los haberes por un lado pero también las frustraciones, que me parece que es lo más interpelador, lo más movilizador de eso que se llama Reforma y a lo cual cada uno le pone su contenido. Vinculado con esto me gustaría saber –y en todos los congresos de la Reforma todavía no me enteré– cuándo empezó a llamarse Reforma Universitaria. Porque no hay un solo texto que enfatice “esto es una reforma universitaria...”, no, hablan de revolución, desde Palacios hasta los conservadores, desde los socialistas a los anarquistas. Y cuándo el Manifiesto Liminar se llamó Liminar. ¿Hay alguna cosa que pasó en la historia que hizo que ese

movimiento que se autodenominaba revolucionario, en un momento en que revolución era una palabra disponible y había una disponibilidad de eso, pasó a llamarse reformista? Me pregunto lo mismo respecto al Manifiesto. Creo que aquí hay una construcción del pasado que es posterior.

El otro elemento que me parece que tenemos que explorar más del afuera de las universidades es esa relación entre obreros y estudiantes, muy característica de la universidad argentina, la veo como una matriz de la universidad argentina. En este tema estoy de acuerdo con lo que decías, Valeria, que esta lectura del FEN no la hacía solamente Grabois, era que realmente acá había habido algo distinto, porque las herramientas que toma el movimiento estudiantil en los años veinte son de los obreros. Si uno piensa la huelga estudiantil, alguien hace huelga porque quiere interpelar o desfavorecer a alguien. ¿Quién es el interlocutor? Otro elemento: la Gaceta Universitaria sale el primero de mayo, no es casual. Y también en el momento de la clausura en el sesenta y seis hay por abajo unos vasos comunicantes muy directos entre parte de miembros de agrupaciones estudiantiles y sectores del movimiento obrero. Y cada vez más eso les parece mucho más seductor que lo que pasa en la universidad, que ya no pasa casi nada porque había que presentar diez documentos para entrar y con Onganía no hay proyecto y tampoco hay legitimidad y la cuestión universitaria se vuelve enormemente más aburrida. Más aburrida y menos incentivadora de la política, de la sociabilidad, de la cultura: hay cosas mucho más interesantes que me parece que pasan por otros lados. La idea de joven que me parece que hilvana muchas de las cosas que se dijeron acá.

**NATALIA BUSTELO**– Respondo a varias cosas que trae Patricia. Creo que efectivamente es un problema la definición de las organizaciones estudiantiles. Imitan, por un lado, a las federaciones obreras, pero, por el otro, tienen esa condición inestable y breve. Inestable porque no es lo mismo ser estudiante de primer año que de quinto, ni militar para ser consejero en el departamento o en el consejo directivo, ni para construir una federación universitaria ligada al movimiento obrero. Breve porque no es lo mismo ser obrero durante veinte años que ser estudiante durante cinco o seis años. Creo que el reformismo intentó

superar la inestabilidad y brevedad a través de la figura del maestro de la juventud y del líder de la Reforma. Con ello le dieron continuidad al movimiento. Por ejemplo, Del Mazo en 1918 es estudiante, en el veintisiete ya no es estudiante pero es “el” compilador de la Reforma y junto a ello uno de sus líderes.

**VALERIA MANZANO**– Yo creo que fue él el de liminaridad.

**NATALIA BUSTELO**– Sí, aparece temprano la caracterización de liminar. Pero estos primeros líderes enseguida reconocen maestros: José Ingenieros, Alfredo Palacios, Alejandro Korn y otros que no quedaron enlazados con la tradición de la Reforma, pero ahí sí se están nombrando. Es cierto, no pesa la condición de graduado o estudiante, se es líder de la Reforma, se es una de las vanguardias que está pujando por definir la Reforma. Esos líderes o esas vanguardias se proponen ligados al Partido Socialista, al Comunista o al yrigoyenismo, pero asimismo insisten en su liderazgo del movimiento reformista. Eso es interesante cuando en 1918 se trata de reflatar la Reforma Universitaria. Del Mazo organiza una convocatoria y no convoca a líderes estudiantiles, sino a Saúl Taborda, Emilio Biagosch, Florentino Sanguinetti, entre otros. Ya están configuradas las vanguardias: es una reforma de las universidades con participación de los estudiantes pero ya están determinados sus líderes.

En cuanto a la cuestión de “reforma” o “revolución” universitaria, la expresión “reforma universitaria” ya aparece en 1872 en el grupo estudiantil llamado Asociación 12 de Diciembre. Ese año, a partir del suicidio de un estudiante, se funda un grupo que en su revista y sus manifiestos exige una reforma universitaria. ¿A quién la exige? Al Intendente, porque participa de la tensión entre el poder político y el poder universitario y, a diferencia del movimiento de 1918, esos estudiantes se identifican con la República oligárquica. En cambio, en 1918, como marcaba Patricia, está en tensión si se trata de una reforma o una revolución, por eso de que un cambio abrupto es una revolución. Y me parece interesante completar eso con el dato de que Julio V. González en 1922 publica la primera compilación de documentos del movimiento y le pone como título La Revolución Universitaria. Pero el mismo González en 1927 la estabiliza como Reforma Universitaria, porque elige ese título para una reedición ampliada. En esa

inestabilidad pesa también que en 1918 revolución no solo suena a cambio abrupto sino también a revolución obrera o social. Las insurrecciones obreras de la Semana Trágica, en 1919, también suenan a revolución.

Finalmente, sobre la forma de intervención estudiantil y ese referenciarse en las prácticas del movimiento obrero, es interesante la participación estudiantil en los consejos directivos. Esa participación es muy similar a la de los diputados y senadores socialistas. Al igual que estos, los estudiantes preparan grandes discursos con detallados y argumentados proyectos que saben que no van a lograr la aprobación, pero que después editan como principios de sus agrupaciones o incluso como definición del movimiento de la Reforma.

**MARÍA CALDELARI**– Me quedé pensando en algunas cosas que no quiero olvidar porque me parecen importantes. Vuelvo a Córdoba y al '18. La discusión en el dieciocho –y creo que debemos retomarlo y pensarlo para la actualidad– no es ni sobre la autonomía ni sobre el estatuto (bueno, los estatutos eran una necesidad), sino sobre la democracia necesaria para llevar adelante la modernización científica de la universidad, se habla de la democracia universitaria y de la república universitaria. La otra cuestión es la violencia, sobre la que no se habla, sucede.

Escuché a Diego Tatián preguntar: ¿por qué se eligió el 15 de junio como día de la Reforma si es un día de derrota para los estudiantes? El 15 de junio, día de elección preparada por la intervención Matienzo, en la cual la Asamblea Universitaria de Córdoba debía designar al rector, los profesores (que integraban por primera vez la Asamblea a partir de las luchas llevadas adelante por el movimiento estudiantil) en contra de la voluntad de los estudiantes nombran rector a Antonio Nores lo que desata nuevamente el descontento estudiantil.

Tatián pregunta:

- ¿quién eligió que ese día fuera el día de la Reforma y por qué?

Y contesto:

- es el día de la Reforma porque es el día que los estudiantes, ejercitando la violencia repudian el nombramiento de un rector producto de lo que consideraron

una estafa. El ejercicio de la violencia es el desconocimiento de la jerarquía, es la ruptura de una cultura institucional que se inicia cuando en medio del tumulto en el salón de rectorado, un dirigente estudiantil escribe: “la Asamblea de todos los estudiantes de la Universidad de Córdoba decreta la huelga general”.

Hasta ese momento los pedidos y reivindicaciones elevados al rector por los estudiantes guardaban todas las formas de la aceptación a la autoridad: señor Rector, por favor, quisiéramos solicitarle si a Ud. le parece bien..., etc. Ese era el respeto y el tono de los estudiantes hacia las autoridades.

El 15 de junio los estudiantes tiraron los muebles y los cuadros del salón por la ventana, se subieron a la mesa de fray Fernando de Trejo y Sanabria. Es un momento de desconocimiento de las autoridades, de ruptura con la jerarquía que va a traer un costo al movimiento estudiantil porque no todos aceptan la violencia y la ruptura. Una cosa es hablar de la universidad y de cómo tiene que ser la institución, la investigación y la ciencia, y otra es aceptar la violencia que va a volver a reaparecer muchas veces. Ese acto de violencia del 15 de junio es el primer paso de la constitución del sujeto reformista, al que se sumará días después la palabra: el Manifiesto Liminar.

Inmediatamente comienza la huelga, se suceden las manifestaciones por la ciudad y la universidad es tomada por los estudiantes. Cuando los estudiantes son reprimidos y llevados presos cuentan con el apoyo de la Federación Obrera de Córdoba, primer paso de la solidaridad obrero-estudiantil. Quizás este hecho debiera llevarnos a pensar sobre las características de las ciudades y su relación con la universidad. En los años '60 nuevamente emerge la solidaridad obrero-estudiantil.

Cuando entré a Filosofía a estudiar Historia -1966- empezó, para mí, la militancia política. Teníamos compañeros que trabajaban en las fábricas automotrices. Entonces había muchas huelgas y los estudiantes íbamos a puerta de fábrica, llevábamos nuestra solidaridad y el producto de las colectas -porque salíamos con alcancías- a los comités de huelga. En 1966 cuando se declaró la huelga de la universidad, por la intervención de Onganía ¿a dónde hacíamos nosotros las



asambleas?, ¿a dónde se dictaban las clases y las conferencias? En la sede del sindicato de Luz y Fuerza. Había un contacto muy estrecho en esa unidad obrero-estudiantil. Sí, es una cuestión política, pero creo que tiene que ver con ciertas características de las ciudades: desde que salí de Córdoba nunca más volví a ver un obrero (exagero).

Me parece interesante esta línea del cincuenta y cinco, sesenta y seis y del sesenta y ocho. Más claramente a partir del sesenta y seis, y desde un poco antes, un hito es la Revolución Cubana.

Estoy pensando en el Ejército Guerrillero del Pueblo de Salta, que fue desbaratado en 1964, antes del golpe de Onganía y ya empezaba a darse una discusión –esto es casi como un testimonio– acerca de la revolución. Antes de Onganía. Y también están las disidencias del Partido Comunista, la existencia del grupo Pasado y Presente, la existencia del integralismo cordobés, directamente ligado a la creación del Partido Demócrata Cristiano, las disidencias en el Partido Comunista. A partir de la desilusión con Frondizi y el golpe del sesenta y dos ya empiezan a abrirse ciertos escenarios que se van a ver claramente después, con el golpe de Onganía.

Las tensiones de la guerra fría se manifiestan en diversos campos. Muy pronto la ideología del desarrollismo y la Alianza para el Progreso iban a tener sus críticos, nucleados en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) un grupo de intelectuales latinoamericanos –en su mayoría– formulan la “teoría de la dependencia”. La teoría de la dependencia es la crítica radical del desarrollismo. Y en la universidad se comienza a discutir desarrollo o dependencia como clave de interpretación de la historia, de la realidad presente y del futuro, y después la discusión va a ser sobre la revolución. Aparece la nueva izquierda, ¿cómo eran las asambleas y las divisiones adentro del movimiento estudiantil? Ya no se hablaba de la Reforma Universitaria, se hablaba sobre la revolución, y cuál era el camino a seguir, si insurrección o si foco o guerrilla. Había cambiado el eje de la discusión. Y contrariamente a lo que dice Patricia –no sé cómo habrá sido en Buenos Aires– en Córdoba la universidad era muy divertida (usé mal este término, quise decir intensa) no volví a vivir ningún tiempo con tanta pasión por el conocimiento, por su relación con la posibilidad de cambiar la realidad. Porque todas esas discusiones

estaban en la universidad y no eran ajenas en otros espacios, como los sindicatos. Sí, era el tiempo de la dictadura de Onganía.

**PATRICIA FUNES**– Pero cuidado con trasladar la Universidad a la Facultad de Filosofía y Letras, porque la de derecho en Córdoba no sé si era tan divertida, ni la de Ciencias Económicas.

**MARÍA CALDELARI**– No sé la de Derecho, la de Económicas era divertidísima (debiera decir interesantísima) porque –otra cuestión importante– gracias al CONICET había comenzado una innovación de las ciencias sociales y de la historia. Entonces circulábamos entre la carrera de Historia y la Facultad de Ciencias Económicas, porque era el auge de la historia económica, y frecuentemente íbamos a cursar a la Facultad de Ciencias Económicas. Las facultades tenían unos límites o unas fronteras muy lábiles, y permitían que un estudiante de historia fuera y se inscribiera en materias de otra carrera porque pertenecía a la universidad. Íbamos a Ciencias Económicas a cursar y no teníamos que hacer ningún trámite especial, salvo inscribirnos. Medicina era otro de los lugares de efervescencia para la acción aunque no se sobre la innovación de sus estudios. Muchas de las tomas se hacían en el Hospital de Clínicas, en el barrio del Clínicas. Por eso digo que prestemos atención a la relación ciudad-universidad.

**ANA DIAMANT**– Yo me quedé pensando varias cosas. Primero, que hay dos cuestiones que no aparecieron, y me pregunto por qué no aparecieron. Una, sorprendentemente no apareció en ninguna referencia, tampoco yo la hice, respecto de las renunciadas del sesenta y seis. Tampoco me la planteé cuando me imaginé esta conversación.

La otra cuestión que también me parece que es muy importante es la de la “interna universitaria”, la cuestión binaria de mirar la universidad desde adentro de la universidad o mirar la universidad desde afuera de la universidad, en la perspectiva de los propios universitarios.

Por ejemplo, uno de los testimonios que yo había elegido dice así: “Yo vivía en el barrio sur, en Flores sur. Era un muchacho de barrio. Me sentía un poquito extraño frente a la mayoría de mis compañeros. Primero porque en una comisión de treinta

era el único varón, y en algunos casos había para mí personajes muy insólitos. Había odontólogos, tipos barbudos que venían de estudiar física en La Plata y que le discutían las clases a Bleger sobre física cuántica”. Esto me parece que es una pintura. Es un testimonio de Osvaldo Devries, que además debo decir que es uno de los pocos que se identifican como peronistas frente a un conjunto inmenso de entrevistas que se definen como radicales. Varón y peronista y de Flores sur. Él cuenta que cuando dijo que iba a estudiar a la universidad, para su familia ya era algo interesante, pero además cuando dijo que iba a ir a estudiar psicología en el lenguaje de su familia no estaba ni la palabra. Y cuenta que estaba sentado en la puerta de su casa y su papá le dijo que vaya a escuchar la radio porque estaban haciéndole una entrevista a alguien que sabía mucho de lo que él quería hacer, un muy psicólogo. ¡La entrevista era a un musicólogo! no a un muy psicólogo.

Otro tema interesante es lo que piensa Tedesco en relación a la revolución y a la cuestión de lo científico. Era la época de oro de la universidad, el momento de la creación de las carreras, todo esto formaba parte del espectro ideológico de la época del reformismo frente al esquema de la revolución que ya aparecía como alternativa. Estaban la revolución cubana y el castrismo como una influencia fuerte.

Estas son las cosas que se me fueron presentando. Me llamó la atención por qué no nos metimos con estas dos ideas y escuchándola a Valeria se me ocurrió pensar en estos intercambios non sanctos que se producían mientras pasaban cosas como la intervención, la clausura, las renuncias, las negociaciones de estos mismos grupos de poder ascendentes.

Podemos pensar así a un grupo de recientes graduados de una carrera nueva, en la negociación con el decano interventor, Omar Ipar, después de las renuncias del '66, peleando tercios para las designaciones de los nuevos docentes? Tenemos las renuncias del sesenta y seis, estamos en las vísperas del sesenta y ocho, y la Asociación de Graduados de Psicología negocia con del decano un llamado a concurso en el que un tercio fueran psiquiatras, un tercio fuera de otras carreras y un tercio fueran graduados de Psicología. Lo están negociando en tiempos de la intervención. Veo más claras estas contradicciones ahora. Esta perspectiva tan

contestataria y tan revolucionaria, de quienes usaban las minifaldas más cortas, y los pelos más largos, los pocos muchachos de Psicología.

Y la otra cuestión es la forma en que esta vanguardia, cuando describía su incorporación a estas experiencias, las consideraba como experiencias prácticas de formación, trabajo y militancia. En la medida que se va cayendo la de ser estudiante va quedando otra, que es la del trabajo.

**VALERIA MANZANO**– Retomo una cuestión que planteaba Patricia al principio en torno a lo juvenil. Creo lo mismo, que el movimiento estudiantil no agota las juventudes universitarias y que las juventudes universitarias no agotan a las juventudes. Esto parece una obviedad pero muchas veces cuando miramos muy de cerca el movimiento estudiantil terminamos con la mirada demasiado focalizada. Dicho esto sí creo que las juventudes universitarias de la década del sesenta (por la expansión de la matrícula universitaria) se parecían más a la “juventud” en general: en un punto, la juventud universitaria de los veinte era más “extranjera” respecto al cuerpo juvenil. Aunque por supuesto en los sesenta persistieran diferencias de clase, de género, con las mismas contradicciones.

36

Y también adhiero a esta pregunta respecto a qué tan aburrida o no aburrida era la política universitaria en los sesentas. Por lo menos de los testimonios que yo pude ir recomponiendo, la vida institucional universitaria no solamente estaba cerrada sino que aparecía como tediosa. Absolutamente tediosa, en el caso de que tuviera algún tipo de funcionamiento. Y eso es interesante porque las universidades, el espacio universitario, no deja de ser un espacio de socialización política fundamental para quienes se van incorporando en la década del sesenta, digamos, a la militancia, al activismo. Esta incorporación no necesariamente redundaba en militancia universitaria, y cada vez menos. Por lo menos a nivel de la Universidad de Buenos Aires una de las grandes disyuntivas que se da a principios de la década del setenta, del post Cordobazo, es entre las agrupaciones que se van acercando desde el catolicismo pero también desde la izquierda al peronismo y se van del espacio universitario. El FEN se va del espacio universitario. Si bien eran universitarios muchos de sus militantes, lo dejan. Frente a otras agrupaciones que están en el medio y frente a otras que prefieren o siguen activando en el espacio

universitario. Esto lleva a situaciones algo paradójicas: en la UBA las primeras elecciones que se hacen una vez normalizada –entre comillas –la vida universitaria a fines del setenta y dos, las elecciones del setenta y dos son las primeras que se hacen después de la intervención, y gana la Federación Juvenil Comunista, la Fede. Y gana la Fede sin ser necesariamente la fuerza mayoritaria posiblemente, pero sí una de las pocas que seguía privilegiando activar en el espacio universitario. Al año siguiente arrasa el peronismo, arrasa la Juventud Universitaria Peronista (JUP), que no había optado inicialmente por activar en ese espacio. Saliéndonos de qué tan atractiva podía ser la militancia dentro de las universidades o fuera, traigo a colación una breve cita de Perón cuando suceden las revueltas parisinas. Perón dice: “Este es el momento en que la juventud tiene que tomar el rabo”. Es muy interesante porque lo que se notaba especialmente en las publicaciones y en las intervenciones de época de quienes se identificaban con el peronismo siendo jóvenes de edad, era que se desmarcaba muy profundamente de ciertas atribuciones que en el momento se asociaban a lo juvenil. Y eso me parece muy importante, si bien jóvenes de edad van a ser crecientemente actores políticos y culturales muy importantes, sobre todo políticos a principios de los setenta, hay un desmarcamiento muy profundo con respecto a lo que se asociaba culturalmente con las juventudes. La disputa famosa entre el mundo contracultural rockero y el mundo político es sólo una de las formas de esa desmarcación. Después en los testimonios, en las memorias, todo aparece junto, pero en ese tiempo había modos de desmarcarse de lo que era culturalmente entendido como la juventud en ese momento.

37

**ANA DIAMANT**– Agrego dos cositas que me quedaron pendientes. Una, a la cual no le dimos el lugar que tendría que tener, es la referida a la democracia interna. Todo hacia fuera era por la democracia, por democratizar. Pero hacia adentro las descripciones y los relatos son bastante poco democráticos. Por ejemplo: había que aceptar las reglas de juego del proyecto, no lo podías cuestionar, si lo cuestionabas para qué estabas ahí. Esto era un paquete cerrado.

Y la otra cuestión, que es más autorreferente pero me parece que le pone una nota de color, es cómo era mirada la movilización estudiantil, sobre todo la porteña, del

otro lado del Río de la Plata. Yo en ese momento estaba en Montevideo, en 1968 fue mi primera experiencia de gases lacrimógenos, y la verdad que nosotros nos moríamos de envidia de todo lo que pasaba acá. Y recuerdo una actividad, año sesenta y ocho en la Universidad de la República. Desde allá le atribuíamos un aura de heroísmo. Nosotros no teníamos experiencia de dictadura, y los veíamos como “estos pobres estudiantes, en medio de la dictadura, que no era la primera...”. Había una perspectiva de lo que era la militancia. Cuando la vida me trajo a Buenos Aires para mí fue haber llegado a un lugar increíble. Pero en aquel momento nos encontrábamos con esos héroes que venían al paraninfo de la Universidad de Montevideo y delirábamos. No sé si ustedes conocen ese paraninfo que finalmente es pequeñito, pero la imagen es de millones de personas, que por supuesto nunca entraron allí, ovacionando a los dirigentes estudiantiles argentinos, sobre todo a los de Exactas. Había que mirar a los de Exactas, que además tenían el pelo más largo que los montevidianos.

**SANDRA CARLI**– Me gustaría retomar las conexiones que establecía María entre el dieciocho, el sesenta y ocho y la actualidad. Pensando en cosas más transhistóricas de la Argentina o que quizás podrían entenderse así. Una tiene que ver con los debates sobre la modernización, los afanes modernizadores y sus límites históricos. Eso aparece recurrentemente, el debate sobre la modernización se reinstala con el actual gobierno y está presente en la discusión de los años veinte, en la discusión de los años sesenta. Sea bajo la apelación a la necesidad de la reforma social, o de la transformación del Estado, cómo permea de nuevo en la universidad. Aquí hay una cuestión bastante dilemática.

La otra cuestión, reflexionando sobre los textos de ustedes, en los más clásicos y en los nuevos que han salido recientemente y que pude revisar un poco, se refiere a la tensión entre liberalismo, nacionalismo y autoritarismo, que aparece como una constante. Pensaba en la agitación liberal local que decís vos, María, en los años veinte, pero también en las ofensivas nacionalistas que se reeditan en los sesenta, que retornan en algunos acontecimientos actuales. Uno encuentra resonancias entre distintos momentos históricos, como las discusiones laicismo - catolicismo, etcétera, que se expresan en torno a distintos fenómenos.

Otro punto es pensar el sistema educativo. Los datos que vos planteás, Valeria, son importantes, esos datos duros sobre el crecimiento del nivel secundario y la educación superior, sobre las matrículas estudiantiles y la expansión del sistema educativo. Pensando también en el normalismo, en las escuelas normales en los veinte: cuánto de la historia del sistema educativo argentino, de sus avances pero también de sus limitaciones, permiten comprender esos procesos de reforma universitaria y de rebelión estudiantil. Hay algo de esa historia de la educación, en el sentido estricto, disciplinar, que une la particularidad argentina, con elementos comunes con Uruguay o con Chile. Ahí se pueden encontrar elementos que a veces van por un circuito aparte pero que están en el corazón de muchos de estos temas.

Y la última cuestión, en relación al recorrido del período, se relaciona con el impacto del golpe militar del cincuenta y cinco, la reflexión en torno a la proscripción del peronismo, que ya la plantean Oscar Terán, Silvia Sigal y otros. Se torna un tema obsesivo del movimiento estudiantil, no en el cincuenta y cinco, cincuenta y seis, cincuenta y siete, donde “somos todos reformistas” y estamos en el gobierno de la universidad como se enunció entonces, sino ya a partir del sesenta y dos y a fines de los sesenta en relación a la reacción ante el desarrollo de las organizaciones armadas. Yo tuve ocasión de leer un texto de quien era presidenta del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras en 1962, Analía Payró. Hay varios textos del movimiento estudiantil que están criticando al reformismo a partir de la idea de que los estudiantes debían estar con las luchas de liberación nacional en América Latina, desde una mirada de la izquierda nacional.

**PATRICIA FUNES**– Y Laclau decía lo mismo.

**SANDRA CARLI**– Exacto. Yo creo que quizás sí tiene una expresión más amplia más adelante, pero ahí ya empieza una crítica al reformismo, al “mito” de la extensión universitaria, como decía una nota del *Correo del Cefyl*. En ese sentido pienso que ya había un balance, que tiene que ver con el impacto de los acontecimientos externos, de la eliminación de las elecciones en Provincia de Buenos Aires, el impacto de la Revolución Cubana, etcétera, etcétera. Me quedo pensando a partir de las cosas que se conversaron y también de los trabajos de ustedes.

**MARTÍN UNZUÉ**– Quisiera comentar algunos de los elementos que ustedes plantearon. Por un lado creo que una de las líneas que reúnen al dieciocho con el sesenta y ocho es el lugar de la universidad como un terreno de disputa política fundamental. Pero me gusta también esta idea de ver cómo la composición social y de clases de la universidad va cambiando en ese período, en parte por el proceso de masificación, relativamente temprano en la universidad argentina en relación a otras regionales, y que ese cambio de composición social se traduce en una tolerancia a los movimientos de politización de la universidad totalmente distinta. Es decir: la Reforma del dieciocho cuenta por lo menos en un inicio con una actitud de acompañamiento, de apoyo por parte del gobierno nacional. Apoyo que rápidamente se va a ir revirtiendo a medida que el reformismo empieza a tomar cauces conflictivos. Pero claramente ya desde el veintidós, el cambio de gobierno nacional supone una revisión de ese apoyo inicial. Y notemos también que incluso en los gobiernos de Yrigoyen la postura frente a los estudiantes universitarios es totalmente distinta a la que hay frente a las demandas de los movimientos obreros, que son reprimidos, tomemos por ejemplo los fusilamientos de la Patagonia. Sin embargo para el año sesenta y ocho, o desde las intervenciones a las universidades del sesenta y seis, la ecuación es totalmente distinta. Debemos recordar en primer lugar que hay una ley universitaria que se sanciona en 1967 (la 17.245) que prohíbe que prohíbe expresamente toda actividad política dentro de las universidades, y por eso algo acerca de lo cual hablaba Patricia hace un rato: que no pasaba nada adentro de la universidad, porque tampoco podía pasar demasiado, porque la militancia universitaria en el sesenta y ocho está prohibida, no hay autonomía universitaria ni gobierno tripartito, ni se permite la militancia de los estudiantes y los docentes bajo cualquier forma. La militancia de los estudiantes y de los docentes.

En la misma línea, otro punto interesante es que la ley universitaria que decreta Onganía es una ley hecha por universitarios, la ley Borda. Guillermo Borda es profesor titular en la Facultad de Derecho de la UBA, es un académico de enorme reconocimiento, con enorme trayectoria. Acá aparece algo de lo que planteaba Ana sobre las renuncias en el sesenta y seis. Esas renuncias están bastante limitadas a algunos espacios de la universidad o de las universidades y no a otros. Algunos



espacios que nosotros tendemos a redimensionar, pero que en realidad no son los espacios centrales. Si tomamos la Facultad de Derecho en el año sesenta y seis, hay evidencia de más o menos siete u ocho renunciadas. Y la cantidad de profesores o graduados de la Facultad que integran el gabinete de Onganía son nueve. Es decir que hay menos renunciadas que profesores o investigadores de la facultad que pasan a integrar el gabinete de Onganía. A los cuales además les deberíamos sumar a todos los que integran la Corte Suprema de Justicia que genera Onganía, que en su mayoría son profesores con enorme reconocimiento y trayectoria en esa Facultad. Está entre ellos el propio Borda, que es nombrado como integrante de la Corte Suprema de Justicia y renuncia al año para asumir el Ministerio del Interior, que incluye también educación y cultura. Entonces tenemos una posición adentro de la universidad en la cual los sectores conservadores, clericales, con una fuerte aversión a la politización de la vida universitaria, promovían una política fuertemente represiva al interior, terminan por consolidarse en esa universidad como espacio de disputa. Me interesaba marcar esto: que esas renunciadas no son masivas y que hay una decisión que se enmarca en estos procesos regionales de los que estaba hablando. Empieza a plantearse que la modernización es también que la universidad se despolitice y se vuelque a la mera producción y reproducción de saberes con pretensiones técnicas y profesionales, funcionales para esa modernización. Y dentro de las nuevas carreras, desde ya está Ciencias de la Educación, Psicología, Sociología, también está Economía, que es economía política en el caso de la Universidad de Buenos Aires hasta la reforma del plan del año 1971. Y es una carrera que a medida que se va configurando va distanciándose de las ciencias sociales, de la historia, de la política, y esto se va reflejando en los planes de estudio sucesivos, hasta terminar con el cambio de nombre: abandona el nombre de Economía Política y pasa a ser Licenciatura en Economía.

41

**NATALIA BUSTELO**– Retomando lo que se mencionó sobre qué es científico y qué es renovar las universidades, por un lado, y la diferencia entre la Facultad de Filosofía como una facultad de doctorado y el resto como facultades profesionales, por el otro, me parece interesante recuperar el debate que se dio en la década del veinte. En la Facultad de Filosofía y Letras la renovación se ligó a la organización de seminarios, esto es de cursos especializados, inspirados en las universidades

alemanas. Ello despertó un fuerte debate entre los reformistas porque implicaba un arancel más alto para pagarle a ese profesor especialista y dedicado a un grupo reducido de estudiantes avanzados. Es decir, se cuestiona la introducción de una forma de renovar y tornar más científica la universidad que no se liga a la democratización sino a la elitización.

En las carreras de medicina –en Córdoba y Buenos Aires, porque en La Plata todavía no se había fundado– aparecen diversos proyectos. La vinculación de los estudiantes con el movimiento obrero invita a que “universidad más científica” quiera decir, por ejemplo, investigar la tuberculosis y fundar una liga de prevención de esa enfermedad, o más en general reorientar la investigación médica a los problemas del higienismo. Se impulsa el acercamiento entre la preocupación obrera y la científica, sobre todo en las cátedras de medicina legal que tenían las carreras de medicina y en las cátedras de legislación obrera de las carreras de derecho. Esas cátedras son disputadas por profesores reformistas ligados al socialismo. Ahí está pesando una matriz preexistente a la Reforma: la construcción de un socialismo por la vía legal, que en Argentina es muy pujante en comparación con el resto de América Latina.

42

**PATRICIA FUNES**– Paradojas de la vida. Y el asunto de la universidad como expedidora de títulos, la fábrica de títulos: esta era una de las protestas más grandes del movimiento de los veinte. Y ahora, uno de los actos centrales del seminario de la Reforma de la Universidad Nacional de Córdoba hace muy poco fue una enorme colación de grado.

**NATALIA BUSTELO**– Yo creo que tiene que ver con esto de la violencia: cuando hay acción directa y masificación aparece la disputa por el sentido. Hoy hay poca movilización estudiantil, entonces el que propone una definición, en ese caso el rectorado de la Universidad Nacional de Córdoba, no encuentra otra voz que le dispute esa definición.

**PATRICIA FUNES**– Que la Reforma es una matriz no me cabe ninguna duda, pero quizás más por lo que le falta que por aquello a lo que en general se la suele asociar,

con razón: a la cátedra libre, la extensión, la autonomía, pero sobre todo a ese espíritu que siempre es inacabado. Y me parece que eso es lo que interpela.